

EL CONCEPTO DE DIOS, VIDA, AMOR Y MUERTE EN LA POESÍA DE CINCO ESCRITORES ROMÁNTICOS HISPANOAMERICANOS

1. DIOS

El tema de Dios es uno de los constantes que la poesía de todos los tiempos ha pulsado en las cuerdas más finas de su lira. Casi todos los poetas —unos directamente, otros indirectamente— lo han acariciado con temblor reverente o con irreverente acento. Pero este tema ha quemado el incienso de muchos versos.

El romanticismo no rehuyó el tema de ningún modo. Es verdad que autores hubo en este movimiento literario en cuyos labios se marchitó el puro nombre; sin embargo, el tema creció en casi todas las orillas donde la musa tomó plácido impulso.

En este trabajo pretendemos exponer el concepto de Dios —así como el de vida, amor y muerte, según señalamos en el título— concretamente en cinco poetas hispanoamericanos que viven de un modo desigual la presencia de Dios: Esteban Echeverría, José Eusebio Caro, Julio Arboleda, Manuel Acuña y Ricardo Palma¹.

¹ ESTEBAN ECHEVERRÍA, argentino, que vivió entre los años 1805 y 1851, escribió *Elvira o la novia del Plata* (1932), *Los consuelos* (1834), *Rimas* (1837), en el que apareció el famoso poema «La cautiva», y a este autor se debe también un cuadro de costumbres realista titulado *El matadero* (1838 ?).

JOSÉ EUSEBIO CARO, colombiano, que vivió entre los años 1817 y 1853, escribió *Poesías* (1885).

JULIO ARBOLEDA, colombiano, que vivió entre los años 1817 y 1861, escribió un poema épico legendario de asunto colonial titulado «Gonzalo de Oyón» y otros poemas menores, recogida toda su obra poética en *Poesías*, Bogotá, 1952.

MANUEL ACUÑA, mexicano, que vivió entre los años 1849 y 1873, escribió poesías, teatro, artículos y cartas, hoy todo ello reunido en *Obras* y publicadas en la Editorial Porrúa.

RICARDO PALMA, peruano, que vivió entre los años 1833 y 1919, es conocido

1.1. *Dios existe*

Cuatro de estos poetas arrancan de una base común e indubitable: la existencia de este ser supremo. Y decimos o nos permitimos hacer esta afirmación porque no se pueden atribuir perfecciones o imperfecciones a un ser si no se da por sentado la existencia de éste. Los cuatro poetas hacen centro a este ser de perfecciones múltiples.

La existencia, como decimos, es el punto de arranque de todos ellos y, sin embargo, sólo Ricardo Palma, en su poema «Bienes y males», pone esa base en grito poético:

*Existe un Dios que a los buenos
no ha abandonado jamás*².

Es el único. Y de la base que él nos ofrece arrancamos nosotros.

1.2. *Dios único*

La afirmación en este caso le pertenece a Arboleda. El poeta restringe la supremacía del ser a Dios, al Dios en que él piensa y cree y ante el que aún «la muchedumbre idólatra» se rinde impotente.

Su fuerza es tan potente y evidente que no cabe el orgullo. El pensamiento del poeta queda patente bajo la luz del símil —visión en ojos de un amante del campo— que nos deleita:

*Ante los doce de Yatreb, que anuncian
de un Dios único y grande la doctrina,
la muchedumbre idólatra se inclina
cual se inclina la espiga al huracán*³.

por sus *Tradiciones peruanas*, pero junto a esa obra extensa en prosa ha dejado una obra poética, que fue publicada en Lima (1887) con el título de *Poesías Juvenilia, Armonías, Cantarcillos, Pasionarias, Traducciones, Verbos, Gerundios, Nieblas*.

² PALMA, de «Bienes y males», en *Poesías Juvenilia, Armonías, Cantarcillos, Pasionarias, Traducciones, Verbos, Gerundios, Nieblas*, Lima, 1887, pág. 259.

³ ARBOLEDA, de «Gonzalo de Oyón», en *Poesías*, Bogotá, Biblioteca de Autores Colombianos, Edt. Santa Fe, 1952, págs. 257-258.

Y en su poema «Estoy en la cárcel», que conlleva un espacio y un tiempo de amargura, clama con más énfasis:

*No hay más Señor que Dios — ¡El nos asista!
No hay más Señor que Dios — ¡Con El vivamos!
No hay más Señor que Dios — ¡En El confiemos!
Con Dios, por Dios, de Dios, será la lid⁴.*

1.3. Dios en la Naturaleza

Si es el único Dios y por lo mismo existente, ¿dónde buscarle? ¿Dónde descubrir el brillo de su aliento?

«Único y grande» nos ha dicho Arboleda. Para Echeverría la inmensidad de la selva, la grandeza de «las selvas vírgenes, es el espejo donde El se mira y donde los humanos —así parece suponer— podemos descubrirle. Todo lo que dice de grandeza, de esencia inmedida o difícil de abarcar sirve como símbolo de la grandeza de este ser: montes, campiñas, horizontes. En fin, Dios está en la Naturaleza:

*La mirada de Dios bañar parece
sus selvas virginales y sus montes,
sus campiñas y claros horizontes
y transformar con su inefable hechizo
aquella tierra en otro paraíso,
paraíso de gloria y esperanza
de pura, inagotable bienandanza⁵.*

Con más claridad aún veremos que el poeta peruano Palma afirma que Dios puede ser descubierto en la creación. Ella es como un suspiro de los labios de Dios:

*La luz es la orla que ciñe su manto,
tu planta infinita la espera sin fin,
tu voz el murmullo más mágico y santo,
tu sombra las nubes hendidas de encanto,
tu aliento el aroma del nardo y jazmín⁶.*

⁴ *Ibíd.*, de «Estoy en la cárcel», en *ob. cit.*, pág. 163.

⁵ ECHEVERRÍA, de «Avellaneda», en *Antología de poetas hispanoamericanos*, Madrid, R. B. E., «Sucesores de Rivadencyr», 1895, vol. I, pág. 140.

⁶ PALMA, de «Dios», en *ob. cit.*, págs. 118-119. En otro lugar este mismo poema nos dice:

Y con un interrogante optimista Julio Arboleda apunta a una presencia florecida en el hombre:

*¡Oh Dios! ¿Será que hay algo de tu esencia
del genio en la inmortal inteligencia? ⁷.*

1.4. Dios: creador

Si Dios puede ser descubierto en la creación es que El ha dejado en ella partículas de su esencia, es que El la ha dotado de ser, es que El es su creador.

Con una admiración en la que vacía su pensamiento el argentino Esteban Echeverría proclama de una manera confusa este atributo de Dios:

*¡Cuántas, cuántas maravillas
sublimes y a par sencillas
sembró la fecunda mano
de Dios allí... ⁸.*

Esta imprecisión se clarifica en Arboleda, que en su poema «Gonzalo de Oyón» nos ofrece este pensamiento: «Todo lo crea y lo gobierna todo» ⁹. Y precisión concreta, determinada, en José Eusebio Caro,

*El mar parece un espejo
donde Dios se transparenta*

(De «Paseo», *ob. cit.*, pág. 92.)

Y a lo mismo parecen apuntar los versos de Echeverría:

*¿Quién es? ¿Qué insensata turba
en su alarido perturba
las calladas soledades
de Dios, do las tempestades
sólo se oyen resonar?*

(De «La cautiva», en *La cautiva, La guitarra, Elvira*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1916, 1.ª parte, página 23.)

⁷ ARBOLEDA, de «Escenas democráticas», *ob. cit.*, pág. 137.

⁸ ECHEVERRÍA, de «La cautiva», *ob. cit.*, 1.ª parte, pág. 18.

⁹ ARBOLEDA, de «Gonzalo...», *ob. cit.*, pág. 256.

al señalar el poder de Dios venciendo el caos del abismo con una sola palabra:

*Angel, que al principio del caos el abismo
con una palabra fecundo tornó,
reunida en un punto contempla en sí mismo
la innúmera raza que Adán comenzó*¹⁰.

Creador de vida y movimiento¹¹. Creador del hombre para ser huella del mejor fruto de Dios, el amor: «Ah, para amar Dios hizo el hombre»¹².

1.5. Dios: luz

Este atributo, claro resplandor del mensaje neotestamentario, es afirmado por el poeta peruano Palma. Dios es luz, «eterna lumbre» que pone en toda orilla la aurora; y por lo mismo se opone a la noche, las tinieblas:

*La eterna lumbre, sólo engendra auroras
La noche, las tinieblas
son ausencia de cruz; la eterna noche
es sólo del creador la eterna ausencia*¹³.

Estamos ante un atributo que nace del alma de un creyente y vinculado al cristianismo, ya que esta oposición luz/noche es neotestamentaria y eco de las palabras de San Juna¹⁴.

Si duda hubiere de lo que nosotros apuntamos, ésta queda disipada por los versos del mismo poeta:

¹⁰ CARO, de «La bendición nupcial», en *Poesías completas*, Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, Ediciones de la Revista Ximenes de Quesada. (Edición preparada por Lucio Pabón Núñez), 1973, pág. 195.

¹¹ Con versos sencillos en «Plegaria» canta Palma:

*Señor, tú que dotaste de vida y movimiento
la creación sin cuento
del anchuroso mar.*

(En *ob. cit.*, pág. 95.)

¹² CARO, de «Estar contigo», *ob. cit.*, pág. 173.

¹³ PALMA, *ob. cit.*, pág. 70.

¹⁴ Véase Juan, I, 1-18.

*El Cristo a predicar sus mágicas doctrinas
que vierten luz
vino, para alcanzar ceñir su sien de espinas
y hórrida cruz¹⁵.*

1.6. Dios: amor

Testimonio de este atributo de Dios encontramos en dos de estos poetas: Palma y Caro. Palma, en su poema «Dios es amor», marca la diferencia del Dios de los cristianos del de los paganos y se apoya en el amor como marca esencial:

*¡Atras! Vuestro Dios
es un dios de convención,
un dios con pasiones de hombres,
más que los hombres feroz.
Mi Dios no es el dios de Roma
que hace vasallo al Señor.
Mi Dios es el que llevaba
en espíritu Salomón.
Mi Dios es de misericordia.
Mi Dios es un dios de amor¹⁶.*

El mismo poeta nos da una prueba de que es así cuando nos dice que el crucifijo es el símbolo del amor:

*Miraba el crucifijo
símbolo dulce del amor eterno¹⁷.*

Amor que es visto como cualidad suma, y no alcanzada por nadie, en Dios por el poeta José Eusebio Caro cuando canta:

*Sólo Dios que es eterno e infinito,
Dios que pasión alguna nunca asalta,
Dios incapaz de mal, de error, de falta;
sólo Dios, que es perfecto, sabe amor¹⁸.*

¹⁵ PALMA, de «Libertad», *ob. cit.*, pág. 270.

¹⁶ *Ibid.*, de «Dios es amor», *ob. cit.*, pág. 335.

¹⁷ *Ibid.*, *ob. cit.*, pág. 133.

¹⁸ CARO, de «Perdón, perdón», *ob. cit.*, pág. 180.

Como cualidad suya y derramada sobre la creación quizá esto expli-

1.7. *Dios: padre*

Si Dios es amor, es lógico que se presente con la herida de la paternidad y que así sea descubierto por el hombre. Y, si padre, en El tiene que anidar la *piEDAD* y *compasión* a la que apunta Echeverría en estos versos:

*... y un momento
sin duda el cielo piadoso
de aquellos finos amantes,
infortunados y errantes
quiso olvidar el tormento*¹⁹.

Y en «Plegaria» recoge el mismo pensamiento. Aquí en súplica:

*Sentada María
con su Brian la vía:
¡Dios mío! —decía—
de nos ten piedad*²⁰.

Suyo será, por lo mismo, el *perdón* que Caro descubre en Dios Padre a través de Cristo:

*La justicia de Dios es la de Cristo
Cristo que a la llorosa Magdalena,
sin hacer cuentas, perdonar fue visto
la larga vida de torpezas llena*²¹.

que la afirmación de Caro en su poema «Estar contigo» y ya duela cuando nos dice: «¡Ah, para amar Dios hizo al hombre!» (En *ob. cit.*, página 173). Sin duda Caro está poniendo en relieve la más alta cualidad del Creador y, como tal, deseable en el hombre creado a su imagen y semejanza. Recordemos que lo mismo afirmará Echeverría:

*Dios para amar, sin duda, hizo
un corazón tan sensible.*

(De «La cautiva», *ob. cit.*, 9.^a parte, pág. 112.)

¹⁹ ECHEVERRÍA, de «La cautiva», *ob. cit.*, 5.^a parte, pág. 70.

²⁰ *Ibid.*, de «La cautiva», *ob. cit.*, 7.^a parte, pág. 80.

²¹ CARO, de «Bendición nupcial», *ob. cit.*, pág. 195.

Padre, misericordia, perdón... que llena de confianza el corazón y hace esperar una mirada piadosa para el hombre arrepentido:

*Señor y no indigno
pero mi alma sincera
arrepentida espera
en su inmensa bondad.
Contempla, pues, benigno
Señor y no indignado
a quien atribulado
se acoge a tu piedad*²².

1.8. Dios: salvador

La idea de un Dios salvador parece apuntada por Julio Arboleda en su poema «Vanitas vanitatum et omnia vanitas», cuando afirma que «sólo Dios sabe glorificar al hombre que ha creado»²³. Y el peruano Palma da por sentado la acción salvífica de Dios, si bien sus ojos —de hombre quizá poco ilustrado en teología— niega el fruto de la misma a los salvajes:

*... esos salvajes
hombres no son; la redención cristiana
no alcanza a redimirlos;
pues para ellos no fue: no tienen alma*²⁴.

La dureza del pensamiento no borra la existencia del hecho: Dios salvador.

²² ECHEVERRÍA, de «Ruego», en Juan de la C. Puig, *Antología de poetas argentinos*, Buenos Aires, Martín Bicolma e Hijo, 1910, vol. V, pág. 135.

²³ *Oh, todo es vanidad: Dios sólo sabe glorificar al hombre que ha creado.*
(ARBOLEDA, de «Vanitas vanitatum et omnia vanitas», *ob. cit.*, pág. 109.)

²⁴ PALMA, *ob. cit.*, pág. 116.

9. *Dios: confianza*

La esencia propia de Dios que el hombre de fe descubre en El, le impulsa a tener una fe profunda en este ser supremo.

Los poetas Palma y Echeverría, que precisamente ven a Dios como amor, ponen en el hombre la confianza hacia este ser lleno de amor. Palma parece que niega esa confianza. Efectivamente, en el verso —enfático de principio a fin— la duda parece ser lo real; pero la confianza, como una actitud del hombre frente al Dios-amor, brilla con luz propia en el texto:

*Vos que con arte indigna
me indujistéis al mal con vuestros ruegos,
me mostráis hermanos en los indios
e hijos de Dios en ese infame pueblo.
¡Y que aún en Dios confíe!
¡Y a mí me lo decís, ira del cielo!
¡A mí que lloro al ángel de mi vida
perdido por seguir vuestros consejos!*²⁵.

Echeverría potencia esta confianza en su poema «Ruego». En todo él; pero sobre todo en estos versos que entresacamos como más contundentemente prueba:

*En tí, Señor, confío;
a tí, mi Dios, me entrego;
mi humilde y triste ruego
implora su piedad;
no mires con desvío
mi llanto y amargura,
que, aunque mi alma está impura,
no abriga la impiedad*²⁶.

El poeta ha razonado su confianza. Quiere justificarla ante Dios: Piedad espera, porque en su alma no cabe la impiedad.

²⁵ *Ibid.*, ob. cit., pág. 243.

²⁶ ECHEVERRÍA, de «Ruego», Puig..., ob. cit., pág. 134.

1.10. *Dios: esperanza y consuelo*

Visión de Dios, como la anterior desde el hombre débil, necesitado. Cualidad que se fundamenta como la anterior en el amor —Dios es amor— hecho esencia en el ser de Dios.

Palma alcanza a ver en Dios la esperanza, con un interrogante que se diluye en una respuesta sin tensiones dialécticas:

*Volveremos y acaso...
¿Por qué desesperar? Acaso el cielo,
mi buen Gonzalo, a tu dolor reserva
y a tu congoja lo que humano intento
no alcanza a vislumbrar, pródigo amparo
y benigno consuelo.
Al dolor sobrevive y a la muerte
la esperanza que a Dios pide su aliento*²⁷.

Esperanza y consuelo que descubre Arboleda en su poema «Estoy en la cárcel», cuando suplica:

*En la cárcel estoy ¡Dios de mis padres!
Desde este calabozo te bendigo.
Ellos me dañan, luego soy tu amigo.
¡Vuelve, oh Señor, tu vista a mi prisión!*²⁸.

Esperanza que Caro potencia como salvaguardia auténtica del pobre e imperecedera:

*Y empero el pobre tiene una esperanza
que vale más que el mundo y mundos dos;
inmenso bien que el oro vil no alcanza.
¡El pobre tiene a Dios!*²⁹.

²⁷ PALMA, *ob. cit.*, pág. 242.

²⁸ ARBOLEDA, de «Estoy en la cárcel», *ob. cit.*, pág. 153.

Este mismo autor en «Escenas democráticas», al referirse a los inmortalizados por la fama auténtica, nos dice:

*Es que allende la tumba ven un cielo,
un Dios y una corona de consuelo...*

(*Ob. cit.*, pág. 138.)

²⁹ CARO, de «El pobre», *ob. cit.*, pág. 51.

Y que Echeverría convierte en oración:

*Y asombradas las cautivas
la carnicería horrenda
miran, y a Dios en silencio
humildes preces elevan*³⁰.

1.11. Dios: providencia

La confianza, esperanza y consuelo de que hemos hablado, como enraizadas en el corazón del hombre-poeta, dimanar de lo que Dios —el del Nuevo Testamento— tiene a gala llenar con su esencia: el amor; pero también de uno de sus más constantes —en el plano y orden del mundo— atributos: Dios providencia. Dios es providente y gobierna lo que ha hecho con amor. Nada se escapa a su querer, a sus mínimos deseos. Así lo han visto estos cuatro poetas hispanoamericanos que estamos estudiando.

Palma lo proclama orgullosamente en su poema «Italia» así:

*La mano del Señor omnipotente
los pasos todos de los pueblos guía:
de Babel humilló la altanería
y libertó a Judá de extraña gente*³¹.

Para Arboleda ese gobierno —preocupación por lo creado— de Dios se extiende a los seres más ínfimos de la Naturaleza:

*Dios saca en ocasiones
de entre rugientes fieras
y pintadas panteras
y gallardos leones
a lucir los insectos que decora
con las tintas del sol y de la aurora
haciéndolos objeto de profunda
admiración...*³².

³⁰ ECHEVERRÍA, de «La cautiva», *ob. cit.*, 2.ª parte, pág. 37.

³¹ *Ob. cit.*, pág. 168.

³² ARBOLEDA, *ob. cit.*, pág. 139.

En Echeverría vemos que esta providencia marca los límites entre la vida y la muerte:

*Tú ¡oh Dios!, no permitiste
que mi amor lo salvase;
quisiste que volase
donde florece el bien*³³.

Una providencia que, más pronto o más tarde —nos viene a decir el poeta argentino—, se dejará sentir:

*Dios largo tiempo no esconde
su divina protección*³⁴.

Y en el poeta colombiano Caro nos encontraremos con un poema —«Himno granadino»— que desde el comienzo ya es una clara alabanza a Dios, porque interviene cual benefactor en todos los hechos de los hombres³⁵.

Como muestra daremos tan sólo unos versos que recogemos del poema «La Gloria y la Poesía», donde el poeta nos dice:

*¡Oh, no deseches, mujer, al hombre que Dios te destina!
Ese grande amor que a ti misterioso me inclina
Dios en el fondo de mi ser lo prende*³⁶.

Hasta el amor que atrae a los hombres, que une a los hombres, viene de Dios o se le cae de las manos como a la rosa su perfume. Así de claro es el poeta colombiano J. E. Caro.

³³ ECHEVERRÍA, de «La cautiva», *ob. cit.*, 9.^a parte, pág. 103.

Dios es quien señala al hombre su camino. El envía la estrella o nube —magos o pueblo de Israel— para que no se extravíe. Así piensa el poeta argentino Echeverría:

*Brian, ¿no ves allá una estrella
que entre dos nubes centella
cual benigno astro de amor?
Pues esa es por Dios enviada
como la nube encarnada
que vio Israel prodigiosa;
sigamos la senda hermosa.*

(*Ibid.*, 3.^a parte, pág. 54.)

³⁴ *Ibid.*, 7.^a parte, pág. 82.

³⁵ *Ob. cit.*, págs. 96-98.

³⁶ CARO, *ob. cit.*, pág. 129.

1.12. *Dios: eterno e infinito*

Como Dios único —hemos visto que así nos lo muestra la poesía romántica de Arboleda— está revestido de otros atributos inherentes a la propia naturaleza: eternidad e infinitud.

Como eterno es cantado por este poeta en su poema «Vanitas vanitatum et omnia vanitas»³⁷. Y al Dios eterno e infinito se dirige:

*Dios que esconde su origen no en el tiempo,
que el tiempo está por lindes circunscrito.
Dios para quien lo eterno y lo infinito
sólo tributos de su esencia son*³⁸.

Eternidad vaciada de tiempos, porque:

*Dios que esconde su fin, no en lo futuro,
que lo futuro a ser para El no alcanza,
Dios en quien no hay memoria, ni esperanza
porque sólo hay presente para Dios*³⁹.

1.13. *Dios: todopoderoso*

La poesía romántica descubre también a un Dios, que, dentro de su esencia, formando perfección con ella —mejor siendo perfección en ella—, tiene un poder sin límites y que los abismos salva:

*La niña vio la luz en el abismo
y alguien que habló en su alma:
Esa es —le dijo— tu soñada lumbre;
pero ese abismo sólo Dios lo salva*⁴⁰.

Y poder que alcanza a la voluntad del hombre, como se deduce de los versos de Manuel Acuña:

*Más de pronto la luz del pensamiento
iluminó vivífica y radiante*

³⁷ ARBOLEDA, *ob. cit.*, págs. 107-109.

³⁸ *Ibid.*, de «Gonzalo...», *ob. cit.*, pág. 256.

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ PALMA, *ob. cit.*, pág. 228.

*de la santa Razón el firmamento
y Dios apareció, bello y gigante,
haciendo despeñarse en el abismo
al soplo de sus labios soberanos
el sangriento puñal de los tiranos
y la máscara vil del fanatismo*⁴¹.

1.14. Dios: bondad

Dimanando directamente del Dios-amor está el Dios-bondad. Este atributo fluye del primero en lógica consecuencia; y la poesía romántica, en versos de Caro y Arboleda, así lo descubre.

Arboleda señala a la virtud como medio para conocer a Dios, al «Dios bueno»⁴², y Caro no apunta a otro camino:

*Cayó la carne: el alma presentóse.
Yo comprendí la gran bondad de Dios.
Yo comprendí que todo aquí se acaba,
que hay otro mundo de inmortal amor*⁴³.

⁴¹ ACUÑA, de «A la Sociedad Filoiátrica en su instalación», en *Obras*, México, Porrúa, 2.^a edic., 1965, pág. 5.

Hay que señalar que estamos ante un autor no creyente, si nos basamos en sus poemas «15 de septiembre», «Uno y quinientos», «A Dios» y su ensayo «La Fe». Como prueba damos unos versos y un pensamiento suyo:

*Supremo y oscuro mito
hijo del miedo del hombre,
que piensa encontrar tu nombre
en todas partes escrito:
si tú eres el infinito,
si es infinita tu esencia,
si probando tu existencia
todas las formas revistes,
¿por qué si es verdad que existes
no existes en mi conciencia?*

(De «A Dios», *ob. cit.*, pág. 263.)

Y en «La Fe» leemos: «La religión... es la adoración de esa idea que aquí se llama Júpiter y allá se llama Teotl. Sinonimia y nada más.» (*Ob. cit.*, página 342.) Su pensamiento, pues, creo no puede estar más claro.

⁴² ARBOLEDA, de «Gonzalo...», *ob. cit.*, 258.

⁴³ De «El serafín y la mujer», *ob. cit.*, pág. 153.

De El, por ser bueno por esencia, brota siempre el bien. Un bien-amor que

La bondad, como vemos por los dos últimos versos, fructifica en el mejor premio, ya que está ligado a la eternidad.

1.15. *Dios: sabiduría*

Une Dios —así lo capta la poesía romántica de cuatro de estos poetas— a los atributos ya analizados como tonos poéticos el atributo de *sabio*.

En todo el canto VI de su obra *Gonzalo de Oyón* y que lleva por título «El juramento», Arboleda nos presenta a Dios como el sabio por excelencia, conocedor de los hombres y la Naturaleza⁴⁴. Conocedor único del futuro y que sólo El alcanza a descubrir como amenaza imperante:

*Una es la humanidad. Ibero y chino
y colombiano y tártaro remoto
navegan juntos; mas del mar ignoto
Dios sólo el rumbo y los escollos ve*⁴⁵.

Y el mismo Arboleda, en el mismo lugar, señala:

*Y porque El sólo es sabio y El conoce
sólo del puerto el último repaso,
alza en el mar, por nuestro bien y amparo
el faro inextinguible de su fe*⁴⁶.

llena el corazón de los hombres que en El creen y a El aman y se derrama como prueba de ese amor. Así leemos en el poema «El bautismo», de Caro:

*Allí do respetándose a si mismo
vieres al hombre amar a sus hermanos,
podrás clamar: ¡Honor al cristianismo,
que éstos no pueden ser sino cristianos!*

(De «El bautismo», *ob. cit.*, pág. 213.)

Bien que llena el mundo imponiéndose sobre el mal. La presencia de éste radica en la permisión del Todopoderoso. Así Echeverría se expresa en su poema «A don Juan Cruz Varela».

⁴⁴ *Ob. cit.*, págs. 248-255.

⁴⁵ *Ibid.*, pág. 257.

⁴⁶ *Ibid.*

Sabio único también para Echeverría, porque únicamente El puede «sondear» el cielo y las soledades:

*Doquier cielo y soledades
de Dios sólo conocidas
que El sólo puede sondear*⁴⁷.

Sabiduría, poder de captación por esencia, que vence el tiempo, como patrón por el que se cortan los hechos. Así lo ve Caro en su «Bendición nupcial»:

*¡Oh tiempo! Dios sólo conoce tu oscuro secreto.
Nosotros sembramos el fruto; madúralo El*⁴⁸.

Y en Palma encontraremos la afirmación sin énfasis; pero ella nos dice de un convencimiento del poeta en torno a esto como algo natural en la esencia de Dios: «Lo sabe Dios muy bien»⁴⁹.

1.16. Dios: juez justo

La visión en torno a la esencia divina, florecida en el atributo de justicia por parte de la poesía romántica hispanoamericana que estamos estudiando, nos viene de dos de nuestros cinco poetas: Arboleda y Caro.

Para Arboleda, Dios es el principio de toda justicia y piedad:

*Yo tengo
un alma libre, invulnerable, osada
.....
que sólo de su Dios omnipotente
conoce la justicia y la piedad*⁵⁰.

Y, como juez, premiadador de la virtud, leemos:

*Mas la virtud no muere ni se olvida,
que Dios la da su eternidad por vida*⁵¹.

⁴⁷ ECHEVERRÍA, de «La cautiva», *ob. cit.*, 1.ª parte, pág. 18.

⁴⁸ *Ob. cit.*, pág. 188.

⁴⁹ *Ob. cit.*, pág. 157.

⁵⁰ De «Estoy en la cárcel», *ob. cit.*, pág. 164.

⁵¹ De «Vanitas...», *ob. cit.*, pág. 109.

Porque El pone el equilibrio del fiel, El es la balanza:

*¿Quién comprende al Señor? El eslabona
nuestras acciones y su diestra lanza
ya un esparto, ya un mundo, en la balanza
del Universo y equilibrio el fiel*⁵².

Para Caro es un Dios *justo* que rechaza por encima de todo la ingratitud de los hombres: «¡Oh, justo es Dios, la ingratitud castiga!»⁵³. Justo juez que pesa las acciones de cada uno de nosotros:

*Ambos sabemos que ante el Sumo Ser
que pesa en su balanza a los humanos...*⁵⁴.

Y que premia el bien acogiendo al bueno y rechazando al malo, no por perjudicial, sino por indigno:

*Dios juzga al hombre en sí; y acoge al bueno
su interés por su solo amor benigno;
al malvado rechaza de su seno,
no por perjudicial, más por indigno*⁵⁵.

1.17. Dios: último fin

Si Dios, principio y creador de todo, fin de todo ha de ser. Como fin y fin último nos lo descubre Caro en su poesía cuando afirma:

*¡Ah! en el seno de Dios nos uniremos
Y para siempre, mas aquí jamás*⁵⁶.

En otro poema nos dice:

*Y te cité para el postrero día
para el reino infinito del Señor*⁵⁷.

⁵² ARBOLEDA, de «Gonzalo...», *ob. cit.*, pág. 255.

⁵³ CARO, de «Himno granadino», *ob. cit.*, pág. 98.

⁵⁴ *Ibíd.*, de «Al Dr. N. R. Chcyne», *ob. cit.*, pág. 74.

⁵⁵ *Ibíd.*, de «Bendición nupcial», *ob. cit.*, pág. 196.

⁵⁶ *Ibíd.*, de «Adiós», *ob. cit.*, pág. 131.

⁵⁷ *Ibíd.*, de «El serafin y la mujer», *ob. cit.*, pág. 154.

Y más claro aún lo descubriremos en su poema «¡Eterno adiós!», cuando canta:

*Un instante vendrá yo no sé si de horror o alegría
cuando la humana innumerable gente
toda a entrar así volverá a Dios en la mente
de do salió; y entonces, amada mía,
como dioses seremos los hombres sin noche ni día
y absortos en el ser indeficiente*⁵⁸.

1.18. Dios y el hombre

Si bien no renunciamos a nuestro enunciado, porque el tema central es Dios, sin embargo, en este apartado pretendemos mostrar el pensamiento de estos poetas en torno a la relación del hombre con Dios y queremos que se tenga en cuenta un enunciado que podría ser el siguiente: *El hombre y su relación con Dios*.

Y empezamos apuntando la distancia entre uno y otro, que es señalada con acierto por Arboleda:

*Entre el hombre y su Dios hay infinita
distancia —ya lo sé—*⁵⁹.

Sencillamente la que pone el ser creador y criatura de su mano. De ahí que pueda tener base la exigencia por parte del creador hacia la criatura como queda expresamente señalado en estos versos de Echeverría:

*¡Vive, vive para tu hijo!
Dios te impone ese deber*⁶⁰.

Un Dios creador que, para Arboleda, está por encima de todo, aun de la misma patria:

*Dios, sólo Dios merece que en sus aras
muera a manos del recio carnicero
ese manso, profético cordero
que lama el hierro que le va a matar.*

⁵⁸ *Ibíd.*, pág. 170.

⁵⁹ De «Escenas democráticas», *ob. cit.*, pág. 139.

⁶⁰ De «La cautiva», *ob. cit.*, 8.ª parte, pág. 100.

*¡Patria! Tú no eres Dios y no mereces
lo que se debe a Dios: eres su hechura;
tú mereces amor de la criatura,
pero sólo el creador merece altar...⁶¹.*

El y nadie más que El, ofrece, porque lo es por esencia, libertad. Así lo canta Caro en su poema «La libertad y el socialismo»:

*¡Oh libertad! Yo puedo alzar la frente
y bendecirte al son de mi laúd
que desde niño amaba en ti mi mente
el bien mayor que dio a la humana gente
el Dios de la virtud⁶².*

Y más adelante canta de nuevo:

*¡Eso es la libertad! La que ha previsto
entre los raptos de mi ardiente edad.
¿La que en la tierra de Franklin he visto?
La que me ofrece en sus promesas Cristo.
¡Esa es la libertad!⁶³.*

Un Dios creador adorable, como cantará también el poeta peruano Palma:

*¡No! Las estrellas son jeroglíficos
que el nombre enseñan del creador:
son letra de oro con que los ángeles
himnos le escriben de adoración⁶⁴.*

Y un Dios que, lleno de amor, efusión de amor, es digno del amor del hombre y de la más honda gratitud, como proclaman los versos de Echeverría:

*¡Gracias te doy, Dios supremo!
¡Brian se salva, nada temo!⁶⁵.*

⁶¹ De «Estoy en la cárcel», *ob. cit.*, pág. 165.

⁶² CARO, *ob. cit.*, pág. 217.

⁶³ *Ibid.*, pág. 218.

⁶⁴ De «Las estrellas», *ob. cit.*, pág. 277.

⁶⁵ De «La cautiva», *ob. cit.*, 5.^a parte, pág. 68.

Y por lo mismo el poeta nos dirá también:

*Allí tu alma inflamada en su desvelo
hasta el trono de Dios levante el vuelo*⁶⁶.

Obligación de amor que siente Caro, y de ahí ese lamento por el fallo que se dio en el hombre:

*Amar a Dios no pudiendo
¡ay! a Satanás amé*⁶⁷.

Como podemos ver, la poesía romántica, si no profundiza hondamente en el tema de Dios, sí que, en chispa de fervor o de simple asentimiento, asedia el tema desde distintos puntos y nos da, más o menos positivamente, el pensamiento cristiano en torno al concepto de Dios.

Hemos dicho más o menos positivamente y es que, si bien los atributos divinos son alcanzados por cuatro de estos poetas en signo reverencial, alguno de ellos —Echeverría concretamente— pone a tope, en luz doliente, la rebeldía romántica dándonos un Dios no del Nuevo Testamento —esto lo ha hecho en otros versos—, sino un Dios terrible, lleno de furia y vengativo:

*Yo te provoco: Dios eres,
Dios terrible que a los seres
impones tu dura ley;
Dios, que su furia sediente
con gemidos alimenta
como el oso su cruenta
zarpa en indefensa grey;
Dios inexorable y fuerte
que decides con la muerte
el vasto imperio del mal*⁶⁸.

Sin embargo, si tenemos presente que el poema lleva el título de «Himno al dolor», que por sí apunta a una marcada afiliación romántica que goza con el dolor, con la desesperación, etc., creo que pueda explicarse esta postura en Echeverría y no restar nada a nuestra afir-

⁶⁶ ECHEVERRÍA, de «Contestación», Puig..., *ob. cit.*, pág. 142.

⁶⁷ CARO, de «Histórico», *ob. cit.*, pág. 145.

⁶⁸ ECHEVERRÍA, de «Himno al dolor», *Antología...*, *ob. cit.*, pág. 156.

mación que es que la poesía romántica de cuatro de estos poetas está en la línea del pensamiento cristiano en lo que se refiere al concepto de Dios. Acuña está fuera. Dios, para él, es un «supremo y oscuro mito».

2. VIDA

El poeta romántico se plantea también como problema la propia existencia —¿qué es el hombre?; ¿qué es la vida?—. Y es que el romanticismo es semilla del existencialismo. La prueba más palpable nos la da el peruano Palma. El fuego del futuro a este poeta le quema el presente:

*¿Qué es el hombre? Un misterio. ¿Qué es la vida?
Un misterio también, dijo un poeta.
¿Esta vida a otra está sujeta,
o en el no ser concluye la partida?*⁶⁹

No es, por tanto, un grito sin sentido el peso inquieto del romántico. Puesto que, ya sea porque la herida es existencial, ya porque sangre en cristiano, la preocupación por el «aquí» y por el «más allá» es clara.

2.1. La vida: misterio

Enfrentado, pues, con uno de los mayores interrogantes, y después de ahondar en el pozo de lo desconocido, queda palpando el mismo interrogante, ya que la pregunta aflora en una respuesta sin fondo: «un misterio». Así lo hemos visto en los versos de Palma. Y no de otro modo se expresa Caro en su poema «La bendición nupcial», pues dice:

*¿De dónde venimos? ¿Qué somos? ¿A dó caminamos?
¿Quién sabe qué suerte mañana la nuestra será?
Mi lira que hoy llora, mañana, tal vez, callará*⁷⁰.

⁶⁹ PALMA, *ob. cit.*, pág. 277.

Manuel Acuña plantea también el problema de la vida y ésta para él es un drama en tres actos: «El mundo es un teatro y nosotros los actores. La vida un drama escrito por Dios en verso y dividido en tres actos: El pasado, el presente y el porvenir» (De «Amar y dormir», *ob. cit.*, pág. 333).

⁷⁰ CARO, *ob. cit.*, pág. 188.

«Tal vez» —nos dice—. El misterio, por tanto, aprisiona la muerte del poeta. El futuro pone barreras y la mente humana se tiñe de blanco.

2.2. *Vida: azar, camino*

De ahí, que si misterio, el hombre la descubra caminando, haciendo tiempo sobre su existencia; y para cada uno se presenta con peculiaridades diversas, porque ya lo dijo el poeta recogiendo el dicho popular: «que todo es según el cristal del color con que se mira».

Caro, que rompe la soledad del pensamiento con la interrogación más profunda del ser humano —«¿qué somos?»—, a través de su cristal nos da un concepto de la vida que bascula entre cristiano y romántico. Romántico, porque piensa de ella que es un *azar*:

*¡Oh! ¿Dónde la ley de la vida,
la ley del bien y del mal,
si para el hombre impotente
el porvenir es azar?*⁷¹.

Cristiano, porque, al lado de ese sentir primero, está la concepción de la vida como destino, como senda de destino, que, a la postre, es verla como un *camino* a recorrer obligatoriamente:

*Humilde peregrino
apenas con pie incierto
la senda del destino
yo comenzaba a hollar
¡seguir es tu destino
gritó mi suerte fiera!*⁷².

En otro lugar canta con la misma claridad el poeta:

*Y el hombre ¡oh desconsuelo!
va andando de continuo
y a todo peregrino
saluda y dice adiós.
Por eso inmoble el cielo
—¡Magnífico destino!—
al fin de su camino
le puso al hombre Dios*⁷³.

⁷¹ *Ibid.*, pág. 191.

⁷² *Ibid.*, de «A. Francisco Javier Caro», *ob. cit.*, pág. 60.

⁷³ *Ibid.*, de «¡La he vuelto a ver!», *ob. cit.*, págs. 160-161.

Camino a andar, y que se borra para no volver sobre él: «todo peregrino saluda y dice adiós».

2.3. *Vida: lucha*

La vida es un camino que hay que andar como combatiente, alerta siempre, sin desmayo. Una senda en la que el duelo es ley de luz, de vida, y no un plácido sueño o relajado descanso. La voz del peruano Palma, en su poema «El salmo de la vida», resuena poderosa:

*¡Ah, no! No me digáis con voz doliente
que la vida es un sueño*

.....
*La vida es acción viva, afán perenne;
la vida es lucha, es duelo*⁷⁴.

2.4. *Vida: sueño, vanidad*

La vida es, por otra parte, senda en medida de tiempo y de valor descubierto como sueño y vanidad, porque de ella se sale sin querer y sin darse cuenta:

*Y del sueño de la vida
al de la muerte pasaron
los que poco antes holgaron
sin temer aciago fin*⁷⁵.

Y como a senda o camino apunta Echeverría en su poema «A Berro», cuando canta:

*Si cada ser que en la tierra
se arrastra, vegeta o muere,
seguir una senda debe,
para un destino nació.*

(Puig..., *ob. cit.*, pág. 117.)

⁷⁴ PALMA, *ob. cit.*, pág. 341. Notemos que *sueño* aquí es sinónimo de tranquilidad, quietud, sin portar en sí significación alguna en relación con el tiempo.

Y como lucha, combate interior está retratada por Echeverría en su «Himno al dolor», cuando canta:

*Mi corazón de tormentas
desatadas y violentas
sufrido habrá el dolor.*

(*Antología...*, *ob. cit.*, pág. 158.)

⁷⁵ ECHEVERRÍA, de «La cautiva», *ob. cit.*, 4.ª parte, pág. 61.

Sueño, porque queda borrado por el tiempo futuro, sin que nada permanezca:

*Y los siglos que ruedan envolviendo
hechos y nombres en común ruina,
cuya planta pesada peregrina
dejando en pos olvido y destrucción;
los siglos se presentan apiñados
leve punto en el tiempo do se hundieron
y donde en su naufragio confundieron
nombres, historia y gloria y tradición*⁷⁶.

El mismo poeta Arboleda se enfrenta con la esencia de la vida en su poema «Vanitas vanitatum, et omnia vanitas», y, al mismo tiempo que exalta la vida eterna del espíritu, denuncia la vida terrena como desierto donde todo es fugaz y donde sólo se mantiene la «vanidad». Clave para lo que estamos señalando consideramos estos versos del poema:

*El amor de la gloria a la injusticia
los llevó y al afán y al movimiento,
para dejar a su ambición propicia
fábrica eterna, eterno monumento.
Mas ¡ay! erraron, porque todo ha muerto
menos la vanidad en el desierto*⁷⁷.

⁷⁶ ARBOLEDA, de «Gonzalo...», *ob. cit.*, pág. 202. Manuel Acuña la concibe también como sueño:

*Soñar..., ésa es la vida, ése es el puente
que entre la cuna y el sepulcro media.*

(De «El hombre», *ob. cit.*, pág. 29.)

⁷⁷ ARBOLEDA, de «Vanitas...», *ob. cit.*, pág. 108. No otro modo de pensar descubrimos en Echeverría en su poema «A Berro»:

*¡Pobre poeta! Delira...
Delira porque el arcano
de la vida y de la muerte
no alcanza y recién advierte
que aquí todo es vanidad.*

(Puig..., *ob. cit.*, pág. 177.)

2.5. *Vida: decepción y farsa*

Si bien la vida es «senda vital», que ofrece desigualdades en el caminar, y duelo y lucha, es lucha desigual. De ahí las posibles decepciones que pueden alcanzar al caminante, como se desprenden de los versos de Palma:

*Esa noche es la vida: Los cambiantes
con que el sol la aureola
¡ay! son las ilusiones deslumbrantes
tras las que audaz la juventud se inmola*⁷⁸.

Decepción, porque, tal vez, a cada uno nos toque en suerte aquello con lo que no soñamos.

Para el poeta la vida es desigual. Benefactora de unos y poco comprensiva con otros. Es una farsa que tiene de dolor y de alegría, sin que, en la mayoría de los casos, el hombre tome parte:

*Yo sé que hay una farsa a que asistimos
todos los que a la vida despertamos,
y, sin saberlo, acaso recibimos
algún papel que en ella ejecutamos.
En ella unos de gala nos vestimos,
otros la ropa del mendigo usamos*⁷⁹.

Farsa y dolorosa decepción. Desigual y caprichosa suerte que sólo tiene explicación en el misterio que envuelve a esta vida, según nos dice Palma:

*¿Quién se explica el misterio de la vida,
amalgama de dichas y dolores?
¿Creéis en la amistad y en los amores?
Palpáis el desengaño de seguida*⁸⁰.

⁷⁸ PALMA, de «Horizonte», *ob. cit.*, pág. 94. Y más adelante en «Semejanzas» leemos:

*Y vamos en la vital
senda entre mil decepciones
¡ay! de nuestros corazones
celebrando el funeral.*

(*Ob. cit.*, pág. 120.)

⁷⁹ *Ibid.*, *ob. cit.*, pág. 96.

⁸⁰ *Ibid.*, de «Diablos azules», *ob. cit.*, pág. 95.

2.6. *Vida: fugaz y pasajera*

En cuanto a la valoración de la vida por el tiempo, no puede ser más despreciativa esta estima. Así, el pensamiento romántico entra dentro de la valoración bíblica y cristiana sobre la vida terrena. La mirada hacia sí mismo le descubre al poeta cómo se pierden los instantes más dulces que él acaricia siempre con esperanza.

Esa visión amarga en torno a la vida viene de lejos en la Literatura Hispánica. Mas, sin embargo, el romántico no necesita esa lejanía. Como decimos, este valor lo descubre en sí mismo, en ese gozo suyo que no se repite por mucho interés que en ello ponga y en el aliento esperanzador que no vuelve.

El primer romántico hispanoamericano ⁸¹, Esteban Echeverría, deja muestra clara de esta depreciación acudiendo a un símil ya corriente en la Literatura Hispánica.

*Cual sombra vana mis lozanos días
se han disipado y ni vestigios quedan
de lo que fueron en su bella aurora
mis verdes años* ⁸².

La vida es tan fugaz que de ella no queda absolutamente nada. No le ha dado a ésta ni tiempo para la entrega:

*Nada ha quedado a mi existencia frágil
más que la herida del pesar tirano;
nada que pueda a mi infortunio triste
dar un consuelo* ⁸³.

La imagen tiene tintes dulces-claros. La vida, para el poeta argentino, es una flor. Y ésta es tan fugaz que se deshoja sin exhalar perfume. Así contempla él:

⁸¹ Si bien confesamos que el romanticismo hispanoamericano arranca en luz con la poesía de José María Heredia, es Esteban Echeverría quien conscientemente introduce el movimiento romántico en Hispanoamérica al publicar *Elvira o la novia del Plata* en 1932.

⁸² ECHEVERRÍA, de «Mi estado», Puig..., *ob. cit.*, pág. 136.

⁸³ *Ibid.*

*Las lozanas flores de mi vida
sin exhalar perfume se deshojan*⁸⁴.

Como transitoria y pasajera se presenta también ante Palma. En ella no cabe la espera, la quietud. Somos caminantes sin desmayo, sin posada en que quedarnos:

*Y aprendí desde entonces
¡ay! que en la vida
estamos siempre, siempre
de despedida*⁸⁵.

Transitoriedad que abotona con fino tacto poético en una imagen común, pero elocuente, el humo:

*Pues por todos los santos
juras que me ama.
Para un amor eterno
la vida es nada:
la vida es como el humo
que pronto pasa*⁸⁶.

2.7. Vida: tristeza

No podía faltar en el poeta romántico la visión de la vida como tristeza. Y decimos esto, no porque pensemos que la melancolía que nace del romántico es superficial. No. Creemos que la tristeza con la

⁸⁴ *Ibid.*, de «Crepúsculo en el mar», *Antología...*, *ob. cit.*, pág. 151.

El mismo poeta argentino se expresa en su poema «El desamor»:

*Acongojada mi alma
día y noche delira
el corazón suspira
por ilusorio bien;
mas las horas fugaces
pasan en raudal vuelo,
sin que ningún consuelo
a mi corazón den.*

(Puig..., *ob. cit.*, págs. 163-164.)

⁸⁵ PALMA, de «Despedida», *ob. cit.*, pág. 251.

⁸⁶ *Ibid.*, de «Cuestión de letras», *ob. cit.*, pág. 253.

que el romántico tiñe la vida emana de su primer principio y fundamental. En consecuencia lógica de la *exaltación del yo*, de la supervaloración de sí mismo y el choque con la realidad es de donde brota esta tristeza de vida en el hombre y poeta romántico.

Creemos que el verdadero cantor —poeta— dice sinceridad de sí, aunque nosotros no la percibamos y queramos, por el contrario, palpar cierta postura sensiblera. Y, porque lo creemos, no nos da miedo afirmar que la melancolía y tristeza que brota de los versos del romántico es auténtica, es sincera, aunque nosotros no la percibamos así. Por esto pensamos que sería interesante estudiar con más profundidad el sentimiento expreso del romanticismo y valorar con precisión y justeza crítica esa manifestación; pero teniendo en cuenta más de lo que se tiene su punto de arranque y el desengaño romántico, que con seguridad lo hay.

La vida es tristeza para el romántico porque él pensó ganarla, conquistarla, y fue vencido por ella. Ese es el desengaño romántico, personal y por lo mismo poco justipreciado por el que no quiere entrar dentro del poeta —en este caso romántico y con su idiosincrasia peculiar.

Los versos de Palma nos sirven de base para nuestro aliento:

*No quieras sensitiva delicada
unir tus goces con las penas mías:
Música son tus horas regaladas;
mi vida está desierta de armonías*⁸⁷.

Nos dice que su vida esta «falta de armonías» y es que en su vida ha quebrado el equilibrio entre el ideal, sueño, ilusión, y la realidad.

Más fuerza tienen aún para apoyar nuestra postura los versos del primer romántico hispanoamericano:

*Como la plata en infecundo yermo
mi vida yace moribunda y triste*⁸⁸.

2.8. Vida: soledad

Dado por sentado que esta visión pesimista de la vida es también consecuencia del punto de arranque romántico, debemos señalar que, como tal, es descrita por Echeverría, Arboleda y Caro.

⁸⁷ *Ibid.*, de «Contraste», *ob. cit.*, pág. 212.

⁸⁸ ECHEVERRÍA, de «El poeta enfermo», Puig..., *ob. cit.*, pág. 138.

Si a la soledad apunta, en «Ultimo canto de Lara», Echeverría

*—De su edad juvenil fueron amigos
la soledad esquiva y el retiro⁸⁹—,*

vaciando el sentimiento, a la soledad apunta Caro con palpitación quebrada:

¡Oh misterio del hombre! ¡Oh gran soledad de la vida!⁹⁰

Y en el vacío, en la soledad sin esperanza, se refugia Arboleda en sus poemas «Gonzalo de Oyón»⁹¹, «Me voy»⁹², «Me ausento»⁹³ y en «Te quiero», donde ya el corazón se vuelca en confesión sincera:

*Estéril soledad donde todo muere
que llevo yo doquier conmigo mismo⁹⁴.*

⁸⁹ *Ibid.*, *Antología...*, *ob. cit.*, pág. 171.

⁹⁰ CARO, de «¡Eterno adiós!», *ob. cit.*, pág. 168.

⁹¹ *Sin más consuelo, en soliloquio eterno
el solitario se habla y se responde;
huye del mundo y en la selva esconde
de la enemiga humanidad la hiel.*

(Arboleda, «Gonzalo...», *ob. cit.*, pág. 261.)

⁹² *No consuela al que suspira
por su patria y por su hogar.
El no es ave de este nido
ni oveja de este rebaño;
para todos es extraño,
de todos desconocido.*

(Arboleda, de «Me voy», *ob. cit.*, pág. 100.)

⁹³ *Entre el terrible estrépito del mundo
o en esta soledad dulce, sombría,
mi corazón palpita en agonía
y vive del dolor mi corazón...*

(Arboleda, de «Me ausento», *op. cit.*, pág. 92.)

⁹⁴ ARBOLEDA, *ob. cit.*, pág. 87.

2.9. *Vida: amarga*

Fruto del desengaño romántico es también el sentir la vida como amargura. Ella es un mal que sólo ofrece dolores y por eso el poeta, como en el caso de Caro, espera con cierta impaciencia la entrega de este don para él funesto:

*¿Cuál será de esta vida el solo día
que ya pueda alegrar mi corazón,
sino aquel que cese mi agonía
y a Dios devuelva su funesto don?*⁹⁵.

Vida amarga y amargura constante, porque el hombre tiene siempre como compañero el mal:

*¡Si el hombre miserable
lo que pinta en su mente,
cual lo llora o presiente
pudiera conseguir!
¡Mas tanto bien no es dable:
el mal siempre presente,
la dicha siempre ausente,
pasada o por venir!*⁹⁶.

Amarga también para Palma, porque desde la cuna el hombre siente cómo su existencia sólo sabe del dolor:

*El dolor desde la cuna
vuestra existencia fatídico
importuna
y en una queja sentida
¡ay! la palabra de pase
de la vida*⁹⁷.

⁹⁵ CARO, de «Adiós», *ob. cit.*, pág. 133.

⁹⁶ *Ibid.*, de «¡La he vuelto a ver!», *ob. cit.*, pág. 160. Y amarga para Acuña, que a su vez canta:

*Sabiendo como se que en esta vida
todo es llanto, tristeza y amargura.*

(Soneto, *ob. cit.*, pág. 99.)

⁹⁷ PALMA, de «La palabra de pase de la vida», *ob. cit.*, pág. 126.

Amarga para Arboleda que se siente como ceniza fría a la que el dolor ha robado la remota esperanza de conservar el calor:

*Volcán extinto soy; ceniza fría
que humedeció el dolor*⁹⁸.

Y con tanto peso que se sentirá derrota y sin aliento para seguir la lucha que ella representa:

*Ya es inútil luchar: es imposible
sufrir la ingrata abrumadora carga
de esta existencia degradada, amarga,
que no puede a la infamia resistir*⁹⁹.

Esta amargura hará de la vida para Arboleda como algo horrible¹⁰⁰ y en Echeverría la convertirá en *angustia*¹⁰¹, por lo que no puede con el dolor interior y compasión:

*Desdichado de aquel que perdió un día
la paz del corazón*¹⁰².

Y con qué tino nos dará la definición de vida, cuando en bella imagen nos dice:

*Cristal es la vida de lágrimas hecho
y es luz el llorar.*

(*Ob. cit.*, pág. 193.)

⁹⁸ ARBOLEDA, de «Te quiero», en *ob. cit.*, pág. 88.

⁹⁹ *Ibid.*, de «Gonzalo...», *ob. cit.*, pág. 271.

¹⁰⁰ En su poema «Me ausento», leemos:

*¡Cuán horrible es vivir de la tristeza
agobiada la sien de pesadumbre,
y no sentir jamás la dulcedumbre
que la fe sólo y la esperanza dan!*

¹⁰¹ Sus versos pintan con fuerza la angustia que señalamos:

*Dale a mi mano el enjugar tus ojos
mas ¡ah! que vierten fuego abrasador;
y yo, insensato, para más enojos,
ni llorar puedo ni sentir amor.*

(De «La lágrima», *Antología...*, *ob. cit.*, pág. 165.)

¹⁰² ECHEVERRÍA, de «Último canto de Lara», *Antología...*, *ob. cit.*, pág. 171.

2.10. *Vida: dulce, esperanza, bella*

Hemos visto cómo una de las constantes del concepto de la vida del romántico es de desengaño. Sin embargo, hay chispas de optimismo y visión dulce. El optimismo gira en torno del hombre que con él puede, como canta Echeverría, sentirse feliz, ya que «nacen sus días sin cesar serenos»¹⁰³.

Dulce, al fin, para Caro, aún suponiendo privación, porque esta vida es base de una vida mejor:

*¡Oh!, ¿qué me importa que aquí y ahora
el cetro del destino nos aparte,
si en otro tiempo, al fin, y en otra parte
me darás tanto y más que puedes hoy?*¹⁰⁴.

Y *bella* para Palma, porque está rodeada de juventud, de fortuna y de belleza:

*Muy alta estás. Yo apenas me levanto
del polvo de la tierra,
y en tí la humana esplendidez se encierra.
Belleza, juventud, fortuna, cuanto
hace bella la vida
rodea tu existencia bendecida*¹⁰⁵.

Dulce, esperanza, bella; pero no en sí. En sí, en su esencia, la vida para el poeta romántico es desengaño y sobre lo que el desengaño se sustenta: dolores, soledad, fugaz, tristeza.

3. AMOR

Todos estamos cansados de oír que la presencia del amor en la poesía romántica es una de sus constantes. Hoy el concepto de amor romántico lo aplicamos a un amor sentimental y sensiblero por lo general.

¹⁰³ *Ibid.*, de «Estancias», Puig..., *ob. cit.*, pág. 144.

¹⁰⁴ CARO, de «Proposición de matrimonio», *ob. cit.*, pág. 184.

¹⁰⁵ PALMA, de «No es posible», *ob. cit.*, pág. 903.

En este tercer apartado nosotros nos proponemos ver el concepto que del amor tienen los cinco poetas hispanoamericanos que hemos seleccionado para este trabajo. Y lo primero que nos sale al paso, concretamente en Arboleda, es la misma realidad del amor. Y, a decir verdad, en alas del sentimiento, porque él es fruto de aquél y será muy difícil desligar uno de otro:

*Tú inocente, puro yo.
¿Me amas?, te preguntaba,
y tu labio no esquivaba
la grata respuesta, no*¹⁰⁶.

3.1. Amor y deseo

Esta realidad del amor es alcanzada por el poeta peruano Palma cuando, en tono de cantar popular, nos dice:

*Niña lo que ha de ser tarde
que sea pronto es mejor
y empieza ya por quererme
por vida del otro Dios*¹⁰⁷.

Como vemos por los versos del poeta es un deseo de algo grande, muy grande, pues queda identificado el amor con Dios —«del otro Dios».

¹⁰⁶ ARBOLEDA, de «Después de siete años», *ob. cit.*, pág. 89.

Es algo curioso cómo Palma en su poema «Flor» afirma del americano un amor más puro por el solo hecho de haber nacido en la América inocente:

*El la dice mi paloma
vuelve a decir que me amas.
Y ella: con tu amor inflama
mi ardoroso corazón.
Nosotros los que nacimos
en la América inocente
amamos más tiernamente
que los de extraña región.*

(*Ob. cit.*, pág. 133.)

La realidad del amor llena todo el poema *Elvira o la novia del Plata* del argentino Echeverría. Como llenará casi toda la poesía del mexicano Acuña... Y es que el empeño de cantar al amor en el poeta romántico es de necesidad. De ahí que algunos cuando les falta éste pierden el sentido de la vida y se refugian en el suicidio.

3.2. *Qué es el amor*

De los misterios profundos en la vida del hombre es, sin duda alguna, el del amor uno de los más impalpables y, a veces, menos lógicos. Los románticos intentaron quebrar esa profundidad sin límites y unos escarbaron en el vacío y otros arañaron las cortinas del humo que, en momentos, deja su presencia.

3.2.1. *Amor: misterio*

El peruano Palma, en un poema que lleva por título «Misterio», apunta al amor precisamente como un misterio para el hombre¹⁰⁸. Y el argentino Echeverría acude al mundo de lo sagrado para decirnos qué es el amor:

*El amor es fe inspirada,
es religión arraigada
en lo íntimo de la vida*¹⁰⁹.

Al acudir al mundo del espíritu e identificarlo con la fe y la religión, el amor, para Echeverría, queda en la misma orilla del misterio donde nunca se palparán las últimas luces halagadoras.

3.2.2. *Amor: motor de las acciones humanas*

Para Echeverría el amor y la venganza se unen iluminando ese sentido de misterio que en sí encierra el amor; y en esa balanza de amor y de venganza el amor, para el poeta, es motor de las acciones humanas. No nos lo dice él claramente, lo deducimos nosotros apoyados en estos versos entresacados de su poema «La cautiva»:

¹⁰⁷ PALMA, de «Non Plus Ultra», *ob. cit.*, pág. 252.

¹⁰⁸ *Ibid.*, *ob. cit.*, pág. 154:

.....
*que aquello que agita su pecho inocente
misterio es que llaman los hombres amor.*

¹⁰⁹ De «La cautiva», *ob. cit.*, 6.ª parte, pág. 74.

*El amor y la venganza
en su corazón alianza
han hecho, y sólo una idea
tiene fin y saborea
su ardiente imaginación*¹¹⁰.

3.2.3. Amor: luz y paz

En su poema «Amor», Palma se interroga sobre el amor: «¿Rayo divino? ¿Astro?» En ese momento su sentimiento poético palpa una y otra posibilidad y, aprisionado por la luminosa duda, guarda la solución¹¹¹.

Esta que, como vemos por los versos citados en nota, buscó un mañana, queda precisada, aunque tímidamente, en su poema «Historia» como luz divina:

*Dime, dime si amor es destello
purísimo y bello
que manda el Señor*¹¹².

Y, si luz divina, consuelo e infinita paz es el amor para el mismo poeta:

*Cuando el recuerdo de la patria hermosa
dalla la angustia que en mis horas hay
tu amor me da consolación gloriosa
y ensueños dulces de infinita paz*¹¹³.

3.2.4. Amor: inocencia, fuego, goce

Tres de los poetas que analizamos nos dan estos conceptos sobre el amor: Echeverría, Arboleda y Palma.

¹¹⁰ ECHEVERRÍA, de «La cautiva», *ob. cit.*, 3.^a parte, pág. 46.

¹¹¹ PALMA nos dice:

*En fin es el amor rayo divino
.....
¿Astro que alumbra nuestro erial camino
o el abismo en que se hunde nuestro paso?
Queda la solución para mañana.*

(De «Amor», *ob. cit.*, pág. 278.)

¹¹² *Ibid.*, *ob. cit.*, pág. 286.

¹¹³ *Ibid.*, de «Efusión», *ob. cit.*, pág. 202.

Arboleda, en su poema «Después de siete años», pone el amor en la *inocencia* —como si a ella fuera vinculado siempre— y por lo mismo, al parecer, en su mente hay una identificación total del amor, la inocencia y la pasión, ya que la pérdida de aquél está puesta en la pérdida de ésta —de la inocencia—, que, ausente, ya no atrae:

*Hoy siete años han corrido
y ¿cuál es la diferencia?
Esta: ¡que con la inocencia
el amor también se ha ido!*¹¹⁴.

Es clara, aunque la consecuencia la formulemos nosotros, la identificación del amor con la pasión; *fuego-pasión* que anhela lo desconocido y lo aún no logrado. *Fuego* el amor que se oculta en las cenizas de unos sentimientos callados, pero que se moverán tan pronto como el corazón —volcán siempre encendido— salte de emoción. Por eso el peruano Palma, en su poema «Todavía», nos dice:

*Y es porque vive del amor primero
dentro del alma el sentimiento ideal:
el fuego aún se esconde en las cenizas
y queda aún la lava del volcán*¹¹⁵.

Y como *fuego-pasión* cegará la razón de los humanos que no medirán las consecuencias de sus actos impulsados por el amor como *fuego-pasión*:

*Ciegos de amor el abismo
fatal tus ojos no vieron
y sin vacilar se hundieron
en él ardiendo de amor*¹¹⁶.

¿Por qué? —nos preguntaremos—. Quizá la respuesta esté en los versos de Palma¹¹⁷ y del mismo Echeverría. La dulzura, el goce palpi-

¹¹⁴ ARBOLEDA, *ob. cit.*, pág. 90.

¹¹⁵ PALMA, *ob. cit.*, pág. 279.

¹¹⁶ ECHEVERRÍA, «La cautiva», *ob. cit.*, pág. 117.

¹¹⁷ La concepción del amor como dulzura nos la ofrece Palma en su poema «Amor de beata», cuando canta:

*Yo la llamaba vida y consuelo,
me llamaba ella su trovador;
ni la dulzura del caramelo
era más dulce que nuestro amor.*

(*Ob. cit.*, pág. 411.)

tante llenando los ojos amantes no deja nunca medir las consecuencias. El amor llena como la miel y, en ese momento de su peso, no se siente el menor temblor de acíbar:

*En deliquios de amor, dulces abrazos,
mundo, pesar, temor, todo olvidaron*¹¹⁸.

3.2.5. *Amor: dolor y tormento*

El romántico, como queda señalado, sabe del amor, goce, dulzura, que llena el alma. Pero también como hombre, que, soñando con ilusiones, tiene que vivir realidades, descubre que el amor —sobre todo cuando reina la ausencia— es dolor, tormento, una llaga abriendo caminos ignotos y ásperos por el corazón y sentimientos.

¡Con qué fuerza lo expresa Arboleda en su gran poema «Gonzalo de Oyón»!¹¹⁹ *Dolor*, dolor profundo el amor que no halla respuesta a su llamada:

*¡Cuán horrible es amar sin ser oído,
que el suspiro entre lágrimas enviado
no halle jamás el eco deseado
que, respondiendo, alivie nuestro afán!*¹²⁰.

Dolor, precisamente, porque ese amor ya no es y sólo queda la dulzura como un recuerdo irreconquistable:

*¡Dulces horas a tu lado...
en que fui comprendido, adivinado
amado casi... todo se acabó!*¹²¹.

¹¹⁸ ECHEVERRÍA, de «Elvira o la novia del Plata», *ob. cit.*, pág. 230.

¹¹⁹ «Gonzalo...», *ob. cit.*, págs. 263-269. Ella —la carta, pues ese es el canto al que nos estamos refiriendo— es todo un lamento de Pubenza, porque ha sido separada de su primer marido. El amor para ella es ausencia y por lo mismo herida, honda herida, dolor.

¹²⁰ ARBOLEDA, de «Me ausento», *ob. cit.*, pág. 92. Manuel Acuña señala cómo el amor en el momento que se ausenta deja honda herida:

*Porque al volar los amores
dejan una herida abierta
que es la puerta
por donde entran los dolores.*

(De «Mentiras de la existencia», *ob. cit.*, pág. 14.)

La pérdida no sólo anegará el corazón en dolor, sino que, como resultado lógico —el amor fue vida—, la existencia dejará de tener sentido. En «Desesperanza» Palma lo dejará bien claro:

*No era un crimen, ingrata, quererte tanto.
Era soñar contigo mi solo encanto,
y vivir de tu vida mi único bien.
Al perder tu cariño sentí infinito
dolor.....
Hoy la vida me cansa, sin ti, bien mío*¹²².

Dolor-tormento, porque se debate entre la ventura y el delirio¹²³ o entre el anhelo y la desesperanza:

*Y un ser sobre la tierra que me ame,
como me amaste tú, buscaré en vano*¹²⁴,

o entre el ser y no ser de amor, como vemos en estos versos de Palma:

*¿Dónde vas? — A coger flores.
¿Sola? — Con mi pensamiento.
¿Qué piensas? — En mis amores.
¿Amas? — Ese es mi tormento.
¿Tienes celos? — Matadores*¹²⁵.

3.2.6. Amor: dulce daño

Sin embargo, aunque el amor sea dolor, tormento, en él hay un mágico hechizo que cura cualquier herida, puesto que será siempre

¹²¹ CARO, de «Adiós», *ob. cit.*, pág. 131.

¹²² PALMA, *ob. cit.*, pág. 258.

¹²³ Así en ECHEVERRÍA: «Amor fue su delirio y su ventura» (de «Contestación»).

¹²⁴ CARO, de «El huérfano sobre el cadáver», *ob. cit.*, pág. 32. El mismo concepto de tormento lo hallamos en Arboleda:

*...aunque no quiero
sino salvarte y nada espero...
Tal vez estaré loca. Se estremece
todo mi cuerpo. Yo no se qué siento.
Amor... no puede ser, pero es tormento.*

(De «Gonzalo...», *ob. cit.*, págs. 267-268.)

¹²⁵ PALMA, de «Balada», *ob. cit.*, pág. 275.

cierto que heridas de amor con amor se curan. Atínamamente lo expresa Palma en su poema cuyo título ya lleva a pensar en lo que afirmamos:

*Las dolencias del amor
no se curan, alma mía,
entregándose al dolor*

.....
*Amor con amor se cura,
lo demás es delirar.*

*Amor va, poco a poco,
filtrándose en el ánimo
del infeliz mortal*¹²⁶.

En nuestro estudio sobre el amor en la poetisa argentina Alfonsina Storni hicimos ver cómo para esta mujer, que dejó sus primeros versos en tono romántico, el amor era un dulce daño¹²⁷. Pues bien, si no con la paradoja clara de Storni¹²⁸, sí con una bella paradoja, que recogerá después especialmente la poesía femenina hispanoamericana¹²⁹, lo afirmará Palma en su poema «Historia»:

*Amor es, querida niña,
infierno y cielo a la vez,
cáliz de miel y de acíbar
que apuramos con placer*¹³⁰.

El tono del amor queda así bien conseguido, porque él tiene de luz y de sombra, de infierno y cielo, de miel y de acíbar. En él no todo es dulzura, ni todo hiel.

3.3. *El amor y la mujer*

Hay que reconocer que el amor en el poeta romántico sin la mujer no tiene sentido alguno. El olvidar esto por nuestra parte sería un fallo

¹²⁶ PALMA, de «*Similia similibus*», *ob. cit.*, pág. 196.

¹²⁷ Véase LUCRECIO PÉREZ BLANCO, *La poesía de Alfonsina Storni*, Madrid, 1975, cap. V, págs. 165-199.

¹²⁸ Su segundo libro, de 1918, *Dulce daño*, a esto apunta ya en su mismo título.

¹²⁹ Véase mi libro *La poesía de Alfonsina Storni* ya citado y mi artículo «Vida, amor, Dios y muerte en la poesía lírica de Gabriela Mistral», en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, Madrid, 1976, núm. 5.

¹³⁰ PALMA, *ob. cit.*, pág. 286.

demasiado grande. Mas es imposible cometer este fallo, porque la presencia de la mujer en la poesía del romanticismo tiene tal fuerza que ella por sí misma hubiera denunciado nuestro yerro.

Y la mujer, como se percibe en todo el romanticismo, en estos poetas que nosotros estudiamos, queda convertida por la luz del amor en *ángel*:

*¡Oh, que yo tenga para siempre el ángel
y él tenga aquí cien años la mujer!*¹³¹.

Así canta José Eusebio Caro en su poema «Proposición de matrimonio».

Y si el amor se cifra en el hombre, como cuando es la mujer quien suspira, el hombre por efectos del amor será un *serafín*, como descubrimos en estos versos de Echeverría en su poema *La cautiva*:

¹³¹ CARO, *ob. cit.*, pág. 126. La mujer es el centro de la poesía de Manuel Acuña. Sobre ella giran los versos y el amor. Así sus poemas «Hojas secas», «Adiós», «La felicidad», «Gracias», «Por eso», «Misterio», «La brisa», «Rasgo de buen humor» y «Nocturno», del que entresacamos estos versos que hablan de la adoración del poeta por la mujer:

*Comprendo que tus besos jamás han de ser míos,
comprendo que en tus ojos no me he de ver jamás;
y te amo, y en mis locos y ardientes desvíos
bendigo tus desdenes, adoro tus desvíos,
y en vez de amarte menos te quiero mucho más.*

(*Ob. cit.*, pág. 191.)

Arbolcda en su poema «Te quiero» también nos mostrará a la mujer ángel —inocente— como fundamento del amor:

*Te quiero, sí, porque eres inocente,
porque eres pura, cual la flor temprana,
que abre su cáliz fresco a la mañana
y exhala en torno delicioso olor...*

(*Ob. cit.*, pág. 86.)

Y en el mismo Caro leemos:

*... mi cielo solo es ella
.....
Delina es ésta, sí! la sola estrella
que alumbrará mi eterno porvenir!*

(De «Adiós», *ob. cit.*, 3.ª parte, pág. 134.)

*Su corazón de alegría
palpita lo que quería,
lo que buscaba con ansia
su amorosa vigilancia
encontró gozosa el bien.
Allí, allí está su universo,
de su alma el espejo terso
su amor, esperanza y vida;
allí contempla embebida
su terrestre serafín¹³².*

Y por virtud del amor él —el hombre— será el centro de la vida de la mujer como descubrimos en «Gonzalo de Oyón», de Arboleda:

*Él no tiene más vida, ni ventura
que ella, principio y fin de sus acciones,
y ella, en todas sus tiernas emociones
por su principio y fin tiene al doncel¹³³.*

O, por el contrario, la mujer como centro, ya que ella para el poeta siempre será amor, virtud, beldad, ternura, imagen de Dios... todo:

*Ella, que amor, virtud, beldad ha sido.
Ella, que inspira amor, virtud, ternura.
Ella, de Dios imagen viva y pura¹³⁴.*

Ella, el centro; ella, la vida; ella, todo..., y de ahí que el poeta se sienta herido cuando a la mujer se le nieguen aquellos valores que su amor ha creado en ella, y grita enfurecido:

*Infame el hombre que la calumnia,
que sus virtudes niega, traidor¹³⁵.*

Ella, sea quien sea, es amor y merece todo aprecio:

*Amante, esposa, madre o hermana
quien mujer dice nos dice amor¹³⁶.*

¹³² ECHEVERRÍA, de «La cautiva», *ob. cit.*, 3.ª parte, pág. 44.

¹³³ ARBOLEDA, de «Gonzalo...», *ob. cit.*, pág. 213.

¹³⁴ CARO, de «¡La he vuelto a ver!», *ob. cit.*, pág. 161.

¹³⁵ PALMA, de «La mujer», *ob. cit.*, pág. 298.

¹³⁶ *Ibid.*

Creo que sería interesante hacer un profundo estudio en torno al valor justo de la mujer en el romanticismo. Mi parecer es que su visión no quedaría tan aérea como se nos da en la mayoría de los casos y sí que ganaría en precisión, si se tiene presente el porqué de esa concepción de ángel que ha quedado en el mundo del Romanticismo como algo exótico.

¿Por qué la mujer ángel para el romántico? ¿Por qué su amor se queda en el encanto externo de la mujer joven y bella? ¿Por qué el romántico se ciñe a la pasión y no rompe nunca el misterio que la crea? No sabría responder comprometidamente a estos interrogantes y a otros que del primero derivaran. Pero sí pienso que la postura romántica ante el amor —mujer u hombre— es mucho más profunda de lo que se viene ligeramente afirmando y con lo que se viene comulgando sin pensar en su honestidad.

Nosotros de este limitado rastreo hemos sacado que el amor en el romanticismo tiene como centro la mujer —o el hombre, si es la mujer quien siente— y que ella da sentido a ese amor y éste la embellece y eterniza.

3.4. *El amor, necesario*

¿Por qué el amor? ¿Por qué necesitamos el amor? ¿Por qué siempre pordioseros del amor? Necesitados nos sentimos. La razón estriba en nuestra indigencia, en nuestro ser participado, en nuestra finitud. La infinitud, la eternidad se nos da en Dios o se nos ha dado. Llenamos la infinitud y la eternidad al unirnos definitivamente con Dios. Mientras tanto mendigamos, nos sentimos necesitados de amor. Necesitamos del Ser *a se*, que es amor, como nos dice la revelación cristiana, y el amor buscamos hasta que se nos entrega en plenitud. ¿Por qué nuestra necesidad? Por ser finitos. ¿Por qué el amor? Porque necesitados de ser, de amor, él es nuestro apoyo y el humano buscamos en ausencia del infinito¹³⁷.

La necesidad del amor queda patente en versos de uno de nuestros poetas, a quien le quema cuando siente el vacío del amor:

*Mi padre sólo amarme supo en vida:
después acá, jamás correspondida
hallé de amor mi gran necesidad*¹³⁸.

¹³⁷ Como se puede ver sigo la concepción cristiana, porque no sé qué otra pueda explicar con tino lo que quiero poner de manifiesto.

¹³⁸ CARO, de «¡La he vuelto a ver!», *ob. cit.*, pág. 164. Para Acuña el amor era necesario: cuando le faltó buscó la muerte. Era necesario para vivir:

Necesario para ser, para sentirse

—*Sin el amor que en sí entraña
¿qué sería? Frágil caña...—,*

oímos confesar a la cautiva de Echeverría ¹³⁹.

Y necesario, porque él es quien da sentido a la vida:

*Tu existencia es el mar donde termina
de todos mis recuerdos la corriente:
Yo soy el triste sauce, tú la fuente
que me refleja en su onda cristalina,
y yo te busco como busca el sauce
¡ay! de su arroyo el solitario sauce ¹⁴⁰.*

3.5. *El amor, pasajero y eterno*

Señalaremos finalmente la permanencia del amor. Es y será según el peso de éste en el hombre y en un momento concreto. De ahí que descubramos que, en un momento, será alcanzado como pasajero y en otros como eterno.

Pasajero será para Palma cuando lo compara a las flores:

*Como las flores,
voluble, niña, son los amores
tras los que vas ¹⁴¹.*

.....
*sébase que me mato, porque quiero
dejar de padecer...
porque ya estoy cansado de esta vida
que tan odiosa me es,
y porque ya he bebido hasta las heces
el cáliz de la hiel.
Mi novia Sinforina se ha casado,
y esto no puede ser...!*

(«Dos víctimas», *ob. cit.*, pág. 90.)

¹³⁹ ECHEVERRÍA, de «La cautiva», *ob. cit.*, 6.ª parte, pág. 73.

¹⁴⁰ ARROLEDA, de «Gonzalo...», *ob. cit.*, pág. 268.

¹⁴¹ PALMA, de «Coquetería», *ob. cit.*, pág. 108. Como pasajero lo descubre el mexicano Acuña, que dice en su poema «Mentiras de la existencia»:

Y para el argentino Echeverría, también pasajero:

*El amor y la esperanza
no son sino un vano sueño*¹⁴².

Y antes ha dicho:

*Como la flor del campo tierna y pura
así el amor y la esperanza dura*¹⁴³.

*No ve al correr como loco
tras la dicha y los amores,
que son flores
que duran poco, muy poco!*

(Ob. cit., págs. 12-13.)

Y en la página siguiente:

*Que el amor es tan ligero
cual la amistad que mancilla
porque brilla
sólo a la luz del dinero.*

Y en su poema «Ya verás», descubrimos estos versos:

*Y goza, mi tierna Elmira,
mientras disfrutas de paz;
delira, niña, delira
con un amor que no existe.
—Pues qué, ¿el amor es mentira?
—Y una mentira muy triste,
ya verás.*

(Ob. cit., pág. 19.)

¹⁴² ECHEVERRÍA, de «Elvira...», ob. cit., págs. 242-243. Y antes había dicho:

*Así dura todo bien:
Así los dulces amores
como las lozanas flores
se marchitan en su albor;
y en el incierto vaivén
de la fortuna inconstante,
nace y muere en un instante
la esperanza y el amor.*

(Ob. cit., págs. 228-229.)

Y también:

*Porque el amor y la esperanza es sueño
y cual flor del campo sólo dura.*

(Ob. cit., pág. 235.)

Y duradero, como llaga sin cerrar en la existencia humana, para Arboleda:

*Pero nosotras bárbaras y solas
sin auxilio en la infancia no logramos
olvidar nunca al que una vez amamos*¹⁴⁴.

Y para Echeverría, que en su *Elvira* habla de un amor perdurable, apoyado en la eternidad del alma:

*Nuestras dos almas vivirán, por siempre
durará nuestro amor...*¹⁴⁵.

Un amor que ha de triunfar sobre la muerte y con lo que la valoración de éste adquiere dimensiones ilimitadas:

*Y que otra vez de la muerte
inexorable amor fuerte
triunfase, amor de mujer*¹⁴⁶.

El amor para el romántico —se ha visto— es un misterio en el que cabe cualquier valor de sentimiento. Nosotros vemos algo luminosa-mente palpable: se anillan en el misterio la muerte y la vida, el goce y desventura, lo pasajero y lo eterno; y adquiere luz propia un ser inapreciable: la mujer.

4. MUERTE

En la poesía de los escritores hispanoamericanos en los que se centra nuestro trabajo descubrimos una actitud simplemente romántica frente a la muerte, sin que el tratamiento del tema tenga la fuerza que se espera. Es una actitud que parece roba al mismo nombre la fuerza que en sí mismo porta. Es una postura sin herida. Así, a nuestro parecer, esta actitud ofrecen los versos de Echeverría en *Elvira o la novia del Plata* que seleccionamos:

¹⁴³ De «*Elvira...*», *ob. cit.*, pág. 240.

¹⁴⁴ ARBOLEDA, de «*Gonzalo...*», *ob. cit.*, pág. 268.

¹⁴⁵ ECHEVERRÍA, de «*Elvira...*», *ob. cit.*, págs. 233-234.

¹⁴⁶ *Ibid.*, de «*La cautiva*», *ob. cit.*, 7.^a parte, pág. 83.

*Resonó fúnebre entonces
la hora fatal de los muertos,
y de repente en la puerta
clamó una voz imperiosa:
Elvira, Elvira, ya es tiempo!*¹⁴⁷.

Creo que podemos ver que la fuerza queda mitigada por el misterio efectista con el que juega el poeta.

Y en la misma línea están los versos de Caro que entresacamos de su poema «Mi lira»:

*Toma mi lira Belina
tómala ya que profunda
desde sus lóbregos senos
llama a tu amigo la tumba!*¹⁴⁸.

Y esa insensibilidad por el olvido, sin fundamento alguno en que basarse, clara y con una actitud romántica, si cabe aún más cierta, volvemos a descubrir en versos de Caro. Ahora de su poema «En alta mar»:

*¡Oh, morir en el mar! Morir terrible y solemne
digno del hombre. ¡Por tumba el abismo, el cielo por palio!
Nadie que sepa dónde nuestro cadáver se halla.
Que eche encima el mar sus olas y el tiempo sus años!*¹⁴⁹.

¿Qué poder tiene la muerte según estos versos? Ninguno. Como tampoco en estos versos de Palma:

*¡Morir tan joven! ¡Con el alma llena
de amor y sueños, de ambición y gloria!
¡Morir y ni una página serena
ver en el libro de mi pobre historia!*¹⁵⁰.

Al lado de esta actitud —o postura— simplemente romántica, en el poeta argentino Esteban Echeverría descubrimos, en la mayoría de los

¹⁴⁷ *Ibid.*, de «Elvira...», *ob. cit.*, pág. 251.

¹⁴⁸ CARO, *ob. cit.*, pág. 156. Ver todo el poema, ya que en todo él el tema central es la muerte y desde su aspecto más truculento y macabro tan del gusto romántico.

¹⁴⁹ *Ibid.*, *ob. cit.*, pág. 103.

¹⁵⁰ PALMA, *ob. cit.*, pág. 103.

casos en que a la muerte se refiere, una alusión o mera constatación del hecho.

Como no queremos abusar en la demostración de nuestra afirmación, espigamos unas cuantas muestras. En la segunda parte de *La cautiva* nos dice en tono que, de no saber que al argentino pertenecen, nos haría pensar en Lorca:

*en sus manos los cuchillos
a la luz de las hogueras
llevando muerte relucen*¹⁵¹.

Y en otro de sus poemas nos encontramos, primera muestra romántica, con lo mismo:

*La doncella despojaron
de sus nupciales arreos,
y con la negra mortaja
del sepulcro la vistieron*¹⁵².

4.1. Muerte: destino

Sin embargo, junto a esa actitud romántica superficial, puramente parafraseada, y esa simple constatación, descubrimos la preocupación por desvelar el misterio, la esencia de la muerte.

«Mas ¿qué es la muerte?», se pregunta Arboleda en su poema «La oración». La pregunta en sí rompe ya cualquier postura superficial. Su respuesta no nos parecerá profunda y sí que está cargada de hondura: es un «cambio». Ella toma luz indistinta, nos sabe a cristianismo, a un credo del «más allá»:

*Mas ¿qué es la muerte? ¡Un cambio! El alma queda
leyendo siempre su pasada historia,
y llevando tal vez en la memoria
con el recuerdo el látigo de Dios*¹⁵³.

¹⁵¹ ECHEVERRÍA, de «La cautiva», *ob. cit.*, 2.ª parte, pág. 36.

¹⁵² *Ibid.*, de «Elvira...», *ob. cit.*, pág. 244.

¹⁵³ ARBOLEDA, de «Gonzalo...», *ob. cit.*, pág. 304. La muerte es un destino sin más para Acuña. Así lo vemos en los poemas: «En la apoteosis del actor Merced Morales», «Amar y dormir» y «Ante un cadáver».

Su pensamiento lo expresan bien estos versos que entresacamos del primer poema:

En Echeverría, que hemos podido descubrir en constante insistencia el mero hecho de la constatación, nos encontramos con la idea de *sueño*:

*y del sueño de la vida
al de la muerte pasaron*¹⁵⁴,

o con la idea de un *destino* inevitable y fatal: «¿Dónde vamos? A la muerte»¹⁵⁵.

4.2. Muerte: cierta, universal, insaciable

Hemos visto que la muerte se presenta a los poetas románticos que estudiamos como destino inevitable, fatal. A un paso más somos obligados por el poeta Arboleda que en versos pertenecientes a su gran poema «Gonzalo de Oyón», apunta a un hecho inapelable de constatación diaria: la muerte es cierta, inexorable:

*... su postiza calma
no perturba el peligro, la muerte
cierta pudiera estremecer su alma*¹⁵⁶.

Dientes incansables o estómago nunca repleto será también para Echeverría, que la concibe como insaciable:

*hasta que airada la insaciable muerte
corte la trama de mi frágil vida*¹⁵⁷.

*¡Mentira el más allá! ¡Mentira el alma
que el retroceso impuro
hace nacer llenando lo futuro,
del triste cementerio entre la calma!
¡Engaño esa creación que el fanatismo
hace brotar del último lamento
que nos lleva al abismo!*

(Ob. cit., pág. 34.)

¹⁵⁴ ECHEVERRÍA, de «La cautiva», ob. cit., 4.ª parte, pág. 61.

¹⁵⁵ *Ibíd.*, 8.ª parte, pág. 93.

¹⁵⁶ ARBOLEDA, de «Gonzalo...», ob. cit., pág. 229.

¹⁵⁷ ECHEVERRÍA, de «Recuerdo», Puig..., ob. cit., pág. 148.

Y *universal*, porque es una espada que a todos hiere hondo, como afirma Caro así:

*¿No has pensado jamás de la muerte en la rápida espada
que hombre por hombre al fin a todos hiere?*¹⁵⁸.

E iguala a todos, porque en el cementerio sólo hay polvo y cualquier gloria es humo bajo el poder del silencio grave¹⁵⁹.

4.3. Muerte: dichosa

No vemos fuerza en esta afirmación, porque tiene la contradicción de lo que se busca. Palma siente dichosa la muerte que pueda provenir del amor-goce; y, sin embargo, nosotros sabemos que lo que se busca es el placer y éste es liquidado por la muerte. Mas ahí está la afirmación de *dichosa* cuando en brazos del goce se presenta:

*Qué tienen lo encendido de los corales
y el perfume exquisito de los rosales.
¡Dichosa suerte
en la miel de tus labios beber la muerte!*¹⁶⁰.

Y si entona su himno sobre los despojos de una conciencia inocente, se presenta como paz, serenidad, y ella —la muerte— es *dulce*:

¹⁵⁸ CARO, de «La gloria y la poesía», *ob. cit.*, pág. 129.

¹⁵⁹ Nada tan bien nos apoya en esto como el poema de Echeverría «Cementerio» y los versos de Palma que a continuación damos:

*Lo que fue ayer no es hoy. Sobre el mañana
nada osará afirmar la ciencia humana.
El sepulcro ya es polvo pestilente,
guarda al hombre que ayer fue omnipotente.*

(De «Palabras», *ob. cit.*, pág. 300.)

¹⁶⁰ PALMA, de «Deleite», *ob. cit.*, pág. 99. En Manuel Acuña leemos:

*Que aunque cruel y muy triste tu partida,
si la vida a los goces es ajena,
mejor es el sepulcro que la vida.*

(De «Sonetos», *ob. cit.*, pág. 130.)

*¡Murió como el susurro de la brisa
que expira entre la rosa del jardín.
Murió como se extingue la sonrisa
en la faz del inocente querubín!*¹⁶¹.

Y por lo mismo *gloriosa* en aquel que sabe cumplir con un juramento a la patria:

*¿Qué importa que la muerte le sorprenda
al conquistar el lauro que ambiciona
si ha hecho a su patria generosa ofrenda
o ceñido a su frente una corona?*¹⁶².

Como *gloriosa* —si por la patria ha sido— la canta Palma en su poema «A la distancia»:

*Mas si mi sangre tiñera
¡oh Polonia! tu bandera
en algún día
yo bendijera mi suerte,
que morir por ti no es muerte
¡patria mía!*¹⁶³.

Nada tiene que extrañarnos esta visión de la muerte en el poeta romántico. Sabemos que el punto de arranque de este movimiento artístico es la exaltación del yo. Dentro de ese yo está la patria como potenciación del yo-individuo. La patria, diríamos, para el romántico es un yo colectivo. Y ¿cómo exaltar ese yo colectivo, mostrar por él el mayor amor? Cristianismo y romanticismo vuelven a unirse en ciertos momentos. Nadie ama más a otro que el que da la vida por él. La muerte por la patria es prenda del mayor amor a ella.

¹⁶¹ PALMA, de «Flor de los cielos», *ob. cit.*, pág. 155.

¹⁶² ECHEVERRÍA, de «A Berro», Puig..., *ob. cit.*, pág. 178.

¹⁶³ PALMA, de «A la distancia», *ob. cit.*, pág. 360. Gloria al fin para Palma, porque la entrega de la vida por la patria es recompensada en la otra vida:

*Así muere el varón fuerte
por su patria y por su ley
y en su alcázar lo recibe
el Dios Santo de Israel.*

(De «Armonía bíblica», *ob. cit.*, pág. 296.)

4.4. *Muerte: deseada*

Y si no ha de extrañarnos lo anterior, no cabe tampoco la incomprensión de este otro paso en el romántico. Y no como actitud romántica sin adhesiones a consecuencia alguna. Puede ser *deseada*, o porque la vida es amarga y la muerte es liberación de la amargura, o porque ella en sí —la muerte— sea, como hemos visto antes, *gloriosa*, digna de honores —exaltación de la gloria, del yo.

El deseo siempre pasa por un puesto de control en el ánimo del hombre y, antes de ser deseada, la muerte es aceptada por el romántico:

*Queda a la muerte la elección del día
siempre que sea corta mi agonía*¹⁶⁴.

De esta aceptación de la muerte, que pone Arboleda en labios de Walter, en el caso de que llegue, podemos pasar a señalar en el romántico el deseo de la muerte. Un deseo que en Echeverría potencia el ruego:

*Ven a mis votos silenciosa muerte
y en reposo feliz la ansia convierte
con que me aqueja el tiempo y el destino*¹⁶⁵.

¹⁶⁴ ARBOLEDA, de «Gonzalo...», *ob. cit.*, pág. 252.

¹⁶⁵ ECHEVERRÍA, de «Estancias», Puig..., *ob. cit.*, pág. 147.

Con qué fuerza se aducña este deseo de Palma. Se puede pensar en actitud romántica y más en él, porque, se me dirá, que el desengaño romántico no impulsa en el peruano al suicidio; pero el deseo ahí está, pues la vida pesa demasiado:

*¡No más vivir! Salgamos de la escena
que a tan imbécil sociedad me liga.
La carga de la vida me fatiga
como al pobre galeote su cadena.*

(De «Suicidio», *ob. cit.*, pág. 280.)

Y porque no se puede soportar el desengaño amoroso:

*¿Y lloras? —Morir quisiera.
¿No amas la vida? —Me hastía.
¿Y si el perjuro volviera?
Jamás olvidar pudiera...
¿Su desamor? ¡Su falsía!*

Por no poder soportar el desengaño amoroso, Acuña —ya queda apuntado arriba— busca la muerte: «Mi novia Sinforina se ha casado, / y esto no puede ser...» (De «Dos víctimas», *ob. cit.*, pág. 90.)

Un deseo que no se pide solamente, sino que se busca como salvación del halago mundanal en torno al delito:

*Ante el soplo del viento del delito
mi virtud como lámpara se apaga.
Ya que sólo el delito el mundo halaga
huyamos de él, dejemos de vivir*¹⁶⁶.

Y si no llega o no se encuentra, hay como una angustia aprisionando el pecho del hombre:

*¡Sólo el reposo de la tumba aguardo!
pero la muerte de mis crudas ansias
ríe inclemente y al amargo lecho
lenta se acerca*¹⁶⁷.

4.5. Muerte: luz, liberación

No quisiéramos que se entendiera que nosotros intentamos señalar que la muerte es deseada por todo romántico como luz y liberación; pero sí que en la mayoría de ellos así se ve. Ella será la liberación del ahogo amoroso o de la amargura del vivir.

La visión de la muerte como luz, la descubrimos en José E. Caro, cuando en su poema «Proposición de matrimonio» leemos estos versos:

*El hombre es una lámpara apagada:
¡toda su luz se la dará la muerte!*¹⁶⁸.

Y el de liberación, en Arboleda, que se queja:

*¡Oh! mil veces la multa, mil la muerte
.....
y no un instante esta prisión maldita,
que es el infierno la existencia aquí...*¹⁶⁹.

¹⁶⁶ ARBOLEDA, de «Gonzalo...», *ob. cit.*, pág. 271.

¹⁶⁷ ECHEVERRÍA, de «Mi estado», Puig..., *ob. cit.*, pág. 137.

¹⁶⁸ CARO, *ob. cit.*, pág. 183.

¹⁶⁹ ARBOLEDA, de «Estoy en la cárcel», *ob. cit.*, pág. 154.

4.6. *Muerte y agua*

Nos encontramos con algo que para nosotros es muy interesante y que nos hace pensar en un hecho importante en la vida de la mejor poetisa posmodernista hispanoamericana. Alfonsina Storni busca en 1938 su liberación, la liberación del dolor insufrible, en el mar. La importancia del mar en su obra *Mundo de siete pozos* es grande, y en él refugiada se siente feliz¹⁷⁰.

Con cierta estremecida satisfacción hallamos estas raíces de la poesía de Alfonsina Storni, que nosotros hemos estudiado en 1975, en el poeta argentino que nos preocupa en este trabajo: Echeverría.

La mujer poeta busca el mar, el agua, para en ella eternizarse. El hombre poeta la busca para borrar su huella; y así loemos en su poema «El ángel caído»:

*Si yo pedirte pudiera
si me oyese, en tus ondas
sepulcro encontrar quisiera,
mi cuerpo entregarte, sí;
para que no viese el hombre
sobre lápida ninguna
jamás escrito mi nombre
ni preguntase quién fui*¹⁷¹.

El mismo deseo encontramos en Arboleda, que se expresa así en su «Gonzalo de Oyón»:

*Yo le tengo un horror supersticioso
del polvo vil al ávido gusano.
Lego mi cuerpo al mar: que al Oceano
le lleve aquel torrente poderoso.
Que las ondas, objeto de mi culto,
mis átomos reciban en tumulto*¹⁷².

¹⁷⁰ Véase LUCRECIO PÉREZ BLANCO: *La poesía de Alfonsina Storni*. Madrid, 1975, cap. VII, págs. 221-237.

¹⁷¹ ECHEVERRÍA, de «El ángel caído», *Antología...*, *ob. cit.*, pág. 145.

¹⁷² ARBOLEDA, *ob. cit.*, pág. 252.

4.7. *Muerte: negra, horrible y odiosa*

En el punto anterior vemos que se apunta a la muerte como a algo temido y que podríamos llamar misterio de la destrucción o aniquilamiento de la carne. Y es que en el poeta romántico la muerte, aunque aceptada, querida o deseada y aún más buscada, es también temida y rechazada, al menos, en sentimiento, porque la muerte es *negra*, que es lo mismo que aniquiladora del valor personal —yo romántico—:

*Más negra muerte su esplendor eclipsa*¹⁷³,

y porque la muerte es *odiosa* —ladrón de vida—:

*Pronto quizá... la muerte cerca tengo
la odiosa muerte vaga en mi redor...*¹⁷⁴,

y porque también la muerte, como nos dice Echeverría, es *horrible*:

*El sol aparece, las armas agudas
relucen desnudas
horrible la muerte se muestra doquier*¹⁷⁵.

4.8. *Muerte: angustia*

También el poeta romántico se acerca a la muerte con temblorosa angustia. La angustia nace de la profunda duda en torno a la vida perdurable. El poeta romántico siempre se busca a sí mismo —el yo ante todo— y le duele no poder tener seguridad del «más allá».

No otra cosa delatan estos versos de Echeverría, dirigidos a los que descansan en el cementerio:

*Si los profanos ecos de la tierra
hasta vosotros llegan, respondedme:
¿Hay vida más allá?*¹⁷⁶.

¹⁷³ ECHEVERRÍA, de «El poeta enfermo», Puig..., *ob. cit.*, pág. 139.

¹⁷⁴ CARO, de «En vísperas del combate», *ob. cit.*, pág. 159.

¹⁷⁵ ECHEVERRÍA, de «La cautiva», *ob. cit.*, 4.ª parte, pág. 60.

¹⁷⁶ *Ibid.*, de «El cementerio», Puig..., *ob. cit.*, págs. 154-155.

Si en unos la angustia genera la muerte, por lo que supone de misterio lo que ésta oculta, en otros la angustia proviene de la misma muerte: del modo de morir. Y éste nos adelantará de un modo palpable las posturas extremas que mueven siempre al romántico. La muerte le alcanza como *dolor* o *dicha*. Entre estos polos, opuestos siempre, se balanceará su fiel de vida:

*¡Oh! ni hay ya para mí más que dos muertes:
o expirar de dolor lejos de ti
o en tu seno adorado y palpitante
de dicha inmensa y sin igual morir*¹⁷⁷.

4.9. La muerte, la fama y el amor

Queda reconocido por el poeta romántico que la muerte es universal y que su dominio no conoce límites. Mas, sin embargo, ese dominio queda violado, por una parte, por el *genio* y, por otra, por el *amor*.

El triunfo del genio con su fama sobre la muerte nos lo proclama Arboleda en su poema «Escenas democráticas», cuando, recordando nombres gloriosos de la literatura, nos dice:

*¡Oh Tasso! ¡Oh Dante! ¡Y tú patriarca Homero!
¡Tú Virgilio divino!
pirámides inmóviles, cuyas frentes
respetan el tiempo en su impotencia vana.*

y más adelante:

*Camoens y Cervantes,
aquellos dos gigantes
que ignorados pasaron
y apenas encontraron
para morir el lecho del mendigo
eternos brillarán*¹⁷⁸.

¹⁷⁷ *Ibid.*, de «El cementerio», Puig..., *ob. cit.*, págs. 154-155.

¹⁷⁸ ARBOLEDA, de «Escenas democráticas», *ob. cit.*, págs. 136-137. Para Acuña también la fama queda sobre la muerte como se puede ver por sus poemas «Oda ante el cadáver del doctor José B. de Villagrán», «Oda a la memoria del emi-

El triunfo del amor, siguiendo la luz marcada por Quevedo, lo descubrimos en el argentino Echeverría, que hace decir a Elvira en su poema:

*Tuya seré, triunfando de la muerte*¹⁷⁹.

Por lo apuntado, afirmamos que la visión de la muerte de los románticos hispanoamericanos —los cinco que hemos tenido presentes— está, con mínimos matices diferentes, en la línea de otros líricos hispánicos¹⁸⁰. Y es que la vida y la muerte pesan con la misma luz en todos los hombres. Ellos sólo ponen el distinto matiz de sus diferentes sensibilidades.

LUCRECIO PÉREZ BLANCO
Universidad Complutense de Madrid

nente naturalista el doctor Leonardo Oliva» y «En la apoteosis del actor Merced Morales», de donde tomamos estos versos:

*Para ti no hay sepulcro, que el reflejo
de tu luz poderosa
te basta en la caída,
para seguir viviendo en otra vida,
no en la estrechez de tu escondida fosa...*

(*Ob. cit.*, pág. 37.)

¹⁷⁹ ECHEVERRÍA, de «Elvira...», *ob. cit.*, pág. 234.

¹⁸⁰ Consultar MARÍA DEL ROSARIO FERNÁNDEZ ALONSO: *Una visión de la muerte en la lírica española*. Madrid, Gredos, 1971; LUCRECIO PÉREZ BLANCO: *La poesía de Alfonsina Storni*. Madrid, 1975, cap. VI, págs. 203-217.